

LA SITUACIÓN POLÍTICA TRAS LAS ELECCIONES

Javier Espinosa

Reiniciada la actividad política general tras el paréntesis veraniego, la situación no ha variado demasiado respecto a la existente en los primeros momentos poselectorales, como era de esperar dado el escaso o nulo tono de la actividad durante el mes de agosto.

Desde el punto de vista institucional uno de los aspectos que más se ha destacado acerca del resultado de las pasadas elecciones de junio, en los diferentes análisis que se han hecho, es el de la inexistencia de la mayoría absoluta en el Parlamento. Y ciertamente es uno de los acontecimientos más importantes que cabe destacar, dada su trascendencia política en todos los órdenes.

Se puede decir que una cierta forma de hacer política ha muerto. Aquella basada en la prepotencia, en la ineficacia de la crítica a las acciones de Gobierno, en la inexistencia real de control de los actos de la Administración Central. A partir de ahora todo o casi todo debe ser negociado en el Parlamento, desde los nombramientos a dedo hasta las Comisiones de investigación, desde el más modesto Proyecto de Ley hasta los Presupuestos Generales del Estado. Esto no define la orientación que tome la actividad política, está claro, pero afecta profundamente a la forma de hacerla.

A partir de ahora el partido en el Gobierno, para garantizar su actividad, deberá formar coalición o llegar a acuerdos de diferente alcance en la legislatura, con los costes políticos y de otro tipo que esta situación conlleva, y con la necesaria rendición de cuentas a sus aliados del momento. También los nombramientos de las personas que desarrollen esos acuerdos deberán ser consensuados: habrá menos cargos para los fieles.

Pero tampoco conviene caer en la euforia. Una de las primeras sorpresas y el primer jarro de agua fría acerca del papel de control del Parlamento, lo constituyó el nombramiento de las Mesas del Parlamento y Senado.

En efecto, el Parlamento, es el poder responsable del control del Ejecutivo, de ahí que en todas las cámaras del mundo se una la oposición para nombrar una mesa que no sea del mismo partido que éste, con objeto de garantizar esa función de control. No ha sido nada raro en países de nuestro entorno que ejerciera la Presidencia un partido minoritario, pero que no formaba coalición con el mayoritario.



Sin embargo en nuestro país, y en ambas cámaras, la Presidencia correspondió al partido en el Gobierno, como fruto del acuerdo del PSOE con los nacionalistas vascos y catalanes. El alcance de esta medida se irá viendo con el tiempo.

Desde otro punto de vista, la situación socioeconómica poselectoral no es precisamente halagüeña. Nos encontramos sumidos en una crisis económica que dura mucho más de lo que suponían los más pesimistas, con niveles de paro históricos y crecientes, y con componentes internacionales que hacen desconfiar en viejas «locomotoras» que tiren de nuestra economía. Desconfianza que se extiende a las medidas y previsiones gubernamentales, desfasadas y/o fracasadas en diferentes ocasiones.

En este contexto, el Gobierno recientemente formado debe poner en marcha medidas urgentes para hacer frente a una crisis que alcanza niveles dramáticos y que se le están demandando desde los diferentes sectores sociales y políticos.

A partir de las declaraciones de las diferentes partes implicadas en el Acuerdo de Gobierno, todo parece indicar que la política económica en los próximos tiempos —sobre todo a partir de los acuerdos con CIU y PNV— va a orientarse hacia un ajuste duro, con fuertes restricciones en la Política Social (disminución de las pensiones, recortes en el desempleo, pérdidas en el poder adquisitivo, mayores facilidades para el despido, etc), y un alto grado de continuismo.

Como esto traería como consecuencia inevitable un mayor enfrentamiento con los sindicatos y un mayor desgaste electoral, el Ejecutivo parece empeñado en la tarea de llegar a acuerdos con estos para rebajar la temperatura social y de paso incluir estas medidas en los inmediatos Presupuestos Generales del Estado.

El hecho de que el Gobierno esté alimentando las expectativas populares de acuerdo, al mismo tiempo que se mantienen las duras declaraciones sobre la necesidad de rebajas draconianas en las prestaciones sociales, parece ser una estrategia para forzar la negociación al mismo tiempo que posibilita la rebaja de sus planteamientos a posiciones duras, pero menos exageradas que las actuales. Por su parte, los sindicatos mayoritarios parecen debatirse entre la tensión de una cúpula que desearía llegar a un acuerdo más o menos honorable (las necesidades económicas podrían tener algo que ver en esta proclividad) y una base sindical horrorizada ante esa posibilidad.

Por lo que respecta a la situación de las diferentes fuerzas políticas tras las elecciones, se la puede calificar de compleja y en un equilibrio no demasiado estable.

El PSOE ha perfilado su fractura interna polarizada en el binomio González-Guerra. El próximo Congreso definirá la relación de fuerzas, pero parece claro el arrinconamiento del *guerrismo* en el disfrute del poder dentro y fuera



del aparato, sin que esto quiera decir que el enfrentamiento vaya a remitir, más bien tiende a endurecerse. El nacimiento de barones autonómicos es un fenómeno que también está configurando un nuevo sistema de poder en esta formación.

El PP ha experimentado un fuerte crecimiento electoral, que le ha convertido en una alternativa política real. Pero sigue manteniendo una fuerte desconfianza entre los sectores del centrismo y los de los nacionalismos periféricos, necesarios para gobernar. Por otro lado, el liderazgo de Aznar dentro y fuera del PP no termina de imponerse, permitiendo peculiares formas de actuar en algunas regiones, como los casos de Fraga y Hormaachea, por ejemplo. No dibujando con nitidez la cara de Aznar como una alternativa creíble para la Jefatura de Gobierno, y arrinconando a líderes de la derecha que podrían desdibujar el pedestal.

Izquierda Unida experimenta un nuevo crecimiento muy moderado, con la existencia en su seno de varios bloques. Uno de los cuales se orienta hacia un acuerdo con el PSOE o un acercamiento a su línea política, si bien hoy en día se encuentra algo empantanado en la creación de un Partido, en un paso adelante en el desgajamiento. Otro bloque es el partidario de crear orientaciones políticas diferenciadas del PSOE manteniendo en uno u otro grado las inspiraciones comunistas. Un tercer bloque lo formarían, también hacia una opción política autónoma sectores independientes, comunistas renovadores, ecosocialistas, etc. En suma, un debate inacabado sobre cuales son los objetivos actuales de la izquierda.

Esto podría ser, de manera telegráfica, una primera panorámica poselectoral. Tan sólo el prólogo para unos acontecimientos que se van a desarrollar a partir de ahora a una velocidad endiablada, y en la que se tambalean muchas cosas de lo que se ha dado en llamar «Estado del Bienestar», unas cuantas de las cuales otros otrora denominábamos «conquistas obreras».